Crónica de emigrantes

JOSÉ CARLOS ROVIRA

Ha llegado a casa reventado tras la jornada de doce horas, tras la hora y pico de transporte urbano, tras un día más de cansancios y andamios, de horas extras acumuladas para conseguir esos trescientos euros más que envía regularmente a la familia, a los padres y hermanos, allá en la aldea perdida del país perdido seguramente ya para siempre. Se ha detenido, antes de entrar en casa, ante las nuevas pintadas infames que abrían la calle, en aquella barriada de tantas historias similares: «Moros, rumanos y sudacas a su tierra o a la tumba». La cruz gamada hacía inequívoco el origen, la firma, la barbarie...

Los cinco niños están dormidos y la mujer le espera con cansancio de la doble jornada, de las horas utilizadas en cuidar niños de otros, fregar suelos, hacer camas, planchar ropa de otros, cuando los suyos están en el colegio del que salen como terremotos a las cinco en punto. Tiene un poco de miedo. Ha tenido que llevar al pequeño al ambulatorio y había un poco de lío en la puerta. Unos desalmados repartían panfletos con el motivo y el título de que «Los emigrantes provocan el caos de la sanidad». Ella lleva siempre su tarjeta sanitaria junto al pasaporte y al permiso de residencia. Guarda esos papeles como si fueran un tesoro desde que consiguieron el permiso a comienzos de 2005. Los desalmados estaban amenazantes. Uno de ellos le ha preguntado en la puerta con mirada lúbrica y agresiva si se iba a hacer una mamografía. Un enfermero la ha protegido de lo que parecía una agresión. Al entrar, el sanitario le ha dicho a un compañero algo sobre los efectos de los disparates de algunos políticos y le ha insistido en que algunos con sus animaladas están armando una reacción fascista contra la emigración. Los niños siguen dormidos y ellos van a cenar. La radio transmite noticias extrañas: están repitiendo que una señora ha dicho que «la ablación del clítoris, la lapidación y la poligamia son las culturas que el PP no quiere que entren en este país». El hombre le dice que esta preocupado, le explica que los de la derecha están haciendo una campaña contra el Gobierno basada en ir contra los emigrantes, que no es extraño que se crezcan algunos contra ellos, que hablan de un nuevo contrato para permanecer en España, pero que él no entiende lo que quieren decir con eso de la ablación y la lapidación. Tampoco lo de la poligamia. Le dice a su mujer que él no conoce ni lapidadores ni polígamos, se enreda en esta última palabra, se calla para seguir oyendo los disparates que cuenta la radio.

Le cuenta a su mujer algo positivo para tranquilizarla: le dice que los compañeros de la obra son buenas personas, que hoy ha conocido a uno que le ha dicho que él era hijo de emigrantes, que sus padres se fueron a Alemania y que él nació allí y que, si necesitaban alguna ayuda, se lo dijera sin problemas. Se ha interesado por los niños, se ha reído cuando le he dicho que teníamos cinco, me ha preguntado si iban al colegio y lo he visto satisfecho cuando le he dicho que sí.

Esas personas, le ha dicho a su mujer, nos reconcilian con este país, nos hacen ver que hay buenas personas como en todas partes. Un compañero, le sigue contando, ha despotricado hoy contra un tal Cañete, que es un cargo del Partido Popular, que dijo aquella perla racista y fascista de que «Para una mamografía en Ecuador se paga el sueldo de nueve meses; vienen aquí y tardan un cuarto de hora». Otro compañero ha explicado en la comida que algunos no saben que los emigrantes pagan la Seguridad Social, y que parece que a éstos, que trabajan muchas horas, que mandan dinero a su país, que tienen hijos, algunos quisieran expulsarlos. Ha comentado que un alcalde, el de Alicante, ha vinculado la emigración con la delincuencia a partir de una curiosa teoría sobre que, cuando se desarrolle la crisis de la construcción, «los emigrantes van a tener que delinquir», confiriéndoles una curiosa predisposición genética, desde su xenofobia edilicia.

La mujer entiende ahora la agresión a la puerta del ambulatorio y lo que decía el enfermero que la protegió frente a los bárbaros. Se van a dormir. Mañana a las seis estarán en pie. Sueñan los dos en su lejano país, en la pobreza, en el día en que puedan regresar a ver a los viejos, en las cartas en las que le dicen que, con el dinero que reciben de España, viven, pero que el hermano menor va a intentar solucionar los papeles de emigración en la embajada. Sueñan en una pequeña aldea abandonada y el sueño, sin ninguna duda, les entristece. ❑

José Carlos Rovira es catedrático de Literatura Hispanoamericana de la Universidad de Alicante.